Allí la acostaron,
Tapiáronle luégo,
Y con un saludo
Despidióse el duelo.
La piqueta al hombro,
El sepulturero
Cantando entre dientes
Se perdió á lo léjos.
La noche se entraba,
Reinaba el silencio.
Perdido en las sombras,
Medité un momento:
« *¡Dios mio, qué solos*
se quedan los muertos!! »
En las largas noches
Del helado invierno,
Cuando las maderas
Crugir hace el viento,
Y azota los vidrios
El fuerte aguacero,
De la pobre niña
A solas me acuerdo.
Allí cae la lluvia
Con un són eterno;
Allí la combate
El soplo del cierzo.
Del húmedo muro
Tendida en el hueco,
Acaso de frio
Se hielan sus huesos!.....
. . . . . .
¿Vuelve el polvo al polvo?
¿Vuela el alma al cielo?
¿Todo es vil materia,
Podredumbre y cieno?

No sé; pero hay algo
Que explicar no puedo,
Que al par nos infunde
Repugnancia y duelo,
Al dejar tan tristes,
Tan solos los muertos.

JUAN AROLAS.

FELIPE IV.

I.

Muy metido en el embozo
Cruza un galan una calle,
Cuando tan negra es la noche
Que sus estrellas no salen:
El ala de su sombrero
Sobre la gorguera cae,
Y las ondulantes plumas
Viento y lluvia á la par baten.
Tiénese bajo un balcon,
Un pito de plata tañe,
Y otro corresponde adentro
Miéntras una reja se abre.
Rica en gracias y atavío,
Poco tarda en presentarse

La hermosa que ha de causar
Sus glorias ó sus pesares.
Pone en los cruzados hierros
Manos con preciosos guantes,
Y el faldellin de tuan
Agitaron auras suaves.
En pláticas de placer
Se engolfan los dos amantes,
Dulces favores suplican,
Lloran desden, juran paces,
Y comparan sus amores
Con muy injuriosas frases,
Ella al rayo del estío,
Que seca la flor del valle;
Y él á la encendida llama
Que despiden los volcanes,
Que le abrasa el corazon,
De cuyas cenizas nace.
Así de su fiel cariño
Quiso hacer hermoso alarde,
Cuando vió un hombre tras sí
Puesto en accion de escucharle.
Tiró luégo del estoque,
Y ardiendo en enojos graves,
Al desconocido inmóvil
Dirigió razones tales:
—Tras cobarde sois traidor:
¡Mal haya tal felonía,
Si os pagan por ser espía,
Que escuchais cita de amor!
Mañero sois en andar
Que si os llegára á sentir,
Sería vuestro avanzar
Precipitarse á morir.
¿A quién buscais? ¿qué quereis?

¿Quién sois, villano? decid:
Mas no importa que no hableis,
Sacad la espada y reñid.—
El incógnito animoso
Del embozo se deshace,
Y ántes que los dos riñesen,
Así quiso contestarle:
—¿Quién soy yo saber quereis?
Quizá os pese ¡vive Dios!
Ya que no me conoceis,
Sabed que soy más que vos.
Yo recuerdo que en palacio
No ostentais tanta bravura,
Que soleis hablar despacio,
Que os portais con más mesura;
Que á nadie llamais villano,
Y que nunca os viera allí
Con el estoque en la mano,
Mas con el sombrero, sí.
¡Duque! ya podeis reñir,
Que nada importa mi nombre,
Pues sólo presumo de hombre
Para vencer ó morir.—
A la voz del rey Felipe,
Voz de trueno y huracanes,
El de Medina á sus piés
Rendido de hinojos cae.
De su triste corazon
Roncos los suspiros salen,
Y el monarca de Castilla
Fué prosiguiendo al alzarle:
—Duque, del reino saldréis,
Pues conviene á mi persona,
Y es forzoso que olvideis
A María Calderona.

De su hermosura liviana
Mi pecho prendado fué;
Pero yo os juro á mi fe,
Que se ha de acordar mañana.
Y en el rincon de un convento
Sola quedará con Dios
Para llorar su tormento
La que quiso amar á dos.—
Dijo el Rey, y á poco rato,
Queda en soledad la calle,
Ni se escucha voz alguna,
Ni en la reja se ve á nadie.

II.

Las trenzas sin alheñar,
Pálido y triste el semblante,
Con dos lágrimas hermosas
En los ojos celestiales,
Bajo de arteson dorado,
Sentada en el almadraque
De un escaño de marfil,
Gime una mujer sus males.
—¡Ay de aquellas noches, dice,
En que al rey me presentasteis
Con secreto misterioso,
Conde-Duque de Olivares!
Porque amor y majestad
Mal pudieron hermanarse,
Sobrando de humilde en él,
Lo que en ella de arrogante;
Porque ofenden al cariño
Condiciones desiguales,
Y los abrazos de un rey

Oprimen áun cuando halaguen;
Pues las penas de servirle
Con las dudas de agradarle,
Los temores de ofenderle,
Cuando toda ofensa es grande,
Los respetos de atencion,
Y atencion de vasallaje,
Son grillos en complacerle,
Y obstáculos en àmarle.—
Así dijo, y de sus ojos
Las dos lágrimas errantes,
Al perderse en las mejillas,
Sobre el blanco seno caen.
Inmóvil parece allí
Niobe de los pesares,
A quien quitan los dolores
Fuerzas para lamentarse,
Y en tan abatido estado
Seguiria, sino entrase
De improviso un hombre adusto,
Ministro de los altares.
—El gran Felipe, señora,
Nunca tolera el desman
De la que infiel y traidora
Tiene citas á un galan:
La majestad no se inclina
(Pues fuera ménos valer)
A estimar una mujer
Manceba del de Medina.
Dama infiel á los amores
Del monarca de Castilla,
Tema todos los rigores
Del dogal y la cuchilla.—
—No os tañe, prelado, á vos
Hablar de amor ni desden;

O no hableis, ó hablad de Dios,
Que lo demas no está bien.
En un tiempo con decoro
Tuvo la Iglesia en su altar
Cruz de leño, obispos de oro,
Fieles en decir y obrar:
Mas en tiempos desgraciados
Pierde la iglesia el tesoro,
Si al tener las cruces de oro,
Son de leño los prelados.
Vos de la cristiana grey
Sois guia, sois conductor;
Dejad la venganza al Rey,
Miéntras os cumple mejor
Predicar con sano intento
De las ofensas perdon,
Y tras de la absolucion
Dar el pan del Sacramento.—
—Por compadecer á vos
Mal cumpliera con mi ley,
Desobedeciendo al Rey,
Que ocupa el lugar de Dios.
Mucho siento ¡vive el cielo!
Vuestro desliz y afliccion,
Y ántes de daros el velo,
Yo os daré la absolucion.
Tosco sayal vestiréis,
Y del claustro en las moradas
Vuestra culpa lloraréis
Entre vírgenes sagradas.—
—¿Monja yo...? ¿Quién dió tal ley...?
¿Yo en un claustro retirado....?
Monja por fuerza ó de grado.
¿Quién puede mandarlo?—El Rey.—
Dijo el prelado, y al punto

De aquella mansion se parte.
Va murmurando en voz baja,
Practica la puerta, y sale,
Y sin recoger el vuelo
De sus hábitos talares,
Con las delicadas sedas
La larga escalera barre.
Pero al cabo de tres dias
Presentóse al Rey á darle
Los cabellos de la hermosa
Puestos en un azafate.

LA ODALISCA.

¿De qué sirve á mi belleza
La riqueza,
Pompa, honor y majestad,
Si en poder de adusto moro
Gimo y lloro
Por la dulce libertad?
Luenga barba y torvo ceño
Tiene el dueño
Que con oro me compró;
Y al ver la fatal gumía
Que ceñia
De sus besos temblé yo.
¡Oh, bien hayan los cristianos
Más humanos,
Que veneran una cruz,
Y dan á sus nazarenas
Por cadenas,

Auras libres, clara luz!
Ellas al festin de amores
Llevan flores;
Sin velo se dejan ver,
Y en cálices cristalinos
Beben vinos,
Que aconsejan al placer.
Tienen zambras con orquestas,
Y á sus fiestas
Ricas en adornos van,
Con el seno delicado,
Mal guardado
De los ojos del galan.
Mas valiera ser cristiana
Que sultana
Con pena en el corazon,
Con un eunuco atezado
Siempre al lado
Como negra maldicion.
Dime, mar, que me aseguras
Brisas puras,
Perlas y coral tambien,
Si hay linfa en tu extension larga
Más amarga
Que mi lloro en el haren.
Dime, selva, si una esposa
Cariñosa
Tiene el dulce ruiseñor,
¿Por qué para sus placeres
Cien mujeres
Tiene y guarda mi señor?
Decid, libres mariposas,
Que entre rosas
Vagais al amanecer,
¿Por qué bajo llave dura,

Sin ventura,
Gime esclava la mujer?
Dime, flor siempre besada,
Y halagada
Del céfiro encantador,
¿Por qué ha de pasar un dia
De agonía,
Sin un beso del amor?
Yo era niña, y á mis solas
En las olas
Mis delicias encontré;
De la espuma que avanzaba,
Retiraba
Con temor nevado pié.
Del mar el sordo murmullo
Fué mi arrullo,
Y el aura me adormeció:
¡Triste la que duerme y sueña
Sobre peña
Que la espuma salpicó!
De la playa que cercaron,
Me robaron
Los piratas de la mar:
¡Ay de la que en dura peña
Duerme y sueña
Si es cautiva al dispertar!
Crudos son con las mujeres
Esos seres
Que adoran el interes,
Y tendidos sobre un leño,
Toman sueño
Con abismos á sus piés.
Conducida en su galera
Prisionera,
Fuí cruzando el mar azul;

Mucho lloré; sordos fueron;
Me vendieron
Al sultan en Estambul.
Él me llamó hurí de aroma,
Que Mahoma
Destinaba á su verjel;
De Alá gloria y alegria,
Luz del dia,
Paloma constante y fiel.
Vi en un murallado suelo,
Como un cielo
De hermosuras de jazmin:
Cubiertas de ricas sedas,
Auras ledas
Disfrutaban del jardin.
Unas padecian celos,
Y desvelos;
Lograban otras favor;
Quién por un desden gemia;
Quién vivia
Sin un goce del amor.
Mil esclavas me sirvieron,
Y pusieron
Rico alfareme en mi sien;
Pero yo siempre lloraba,
Y exclamaba
Con voz triste en el haren:
¿De que sirve á mi belleza
La riqueza,
Pompa, honor y majestad,
Si en poder de adusto moro,
Gimo y lloro
Mi perdida libertad?

ANTONIO DE LOS RIOS Y ROSAS.

LA OPINION.

SONETO.

La sien latiendo, turbia la mirada,
Teñido el rostro de rubor sangriento,
La espléndida melena suelta al viento,
La vestidura al seno desgarrada;
Ella me ciñe en lúbrica lazada,
Trémulo el cuerpo, el labio macilento,
Con honda sed bebiéndome el aliento,
En su boca mi boca aprisionada.
¡Oh vision, que mis sueños envenenas
Y en lava de volcan hinchas mis venas!
¿Quién eres, dí, mujer, deidad ó arpía?
—Soy la opinion, tu esclava y tu tirana;
Hoy, transida de amor, tu barragana;
Ayer, tu dama infiel con befa impía.

JULIAN ROMEA.

EN LA MUERTE DEL EMINENTE ACTOR CÁRLOS LATORRE.

SONETO.

¡Todo acabó: la gloria y su dulzura,
Y el noble afan, y el entusiasmo ardiente,
Y el levantar la creadora mente
Sobre el mísero mundo y su amargura!
¡El eco aún de los aplausos dura
Que le rindió la alborozada gente;
Y aquella noble y despejada frente
Esconde ya la avara sepultura.
Adios, Cárlos, adios; miéntras severo
El canto de cien vates tus loores
Se prepara á entonar, y con esmero
Tu corona á tejer, rica en colores,
Yo, discípulo, amigo y compañero,
Regaré con mis lágrimas sus flores!

ÍNDICE.

	Páginas.
Dionisio Solis.	5
José de Vargas Ponce.	11
Manuel José Quintana.	21
Juan Nicasio Gallego.	38
Alberto Lista.	53
Leandro Fernandez de Moratin. . .	62
Francisco Martinez de la Rosa. . . .	75
Bernardino Fernandez de Velazquez, duque de Frias.	86
Angel de Saavedra, duque de Rivas. .	97
Javier de Búrgos.	106
Manuel de Cavanyes.	109
José de Espronceda.	113
Francisco Zea.	127
José Martinez Monroy.	132
Bernardo Lopez García.	141
Gabriel García y Tassara.	153
Gertrúdis Gomez de Avellaneda. . .	163
Gustavo A. Becquer.	170
Juan Arolas.	179
Antonio de los Rios y Rosas. . . .	189
Julian Romea.	190